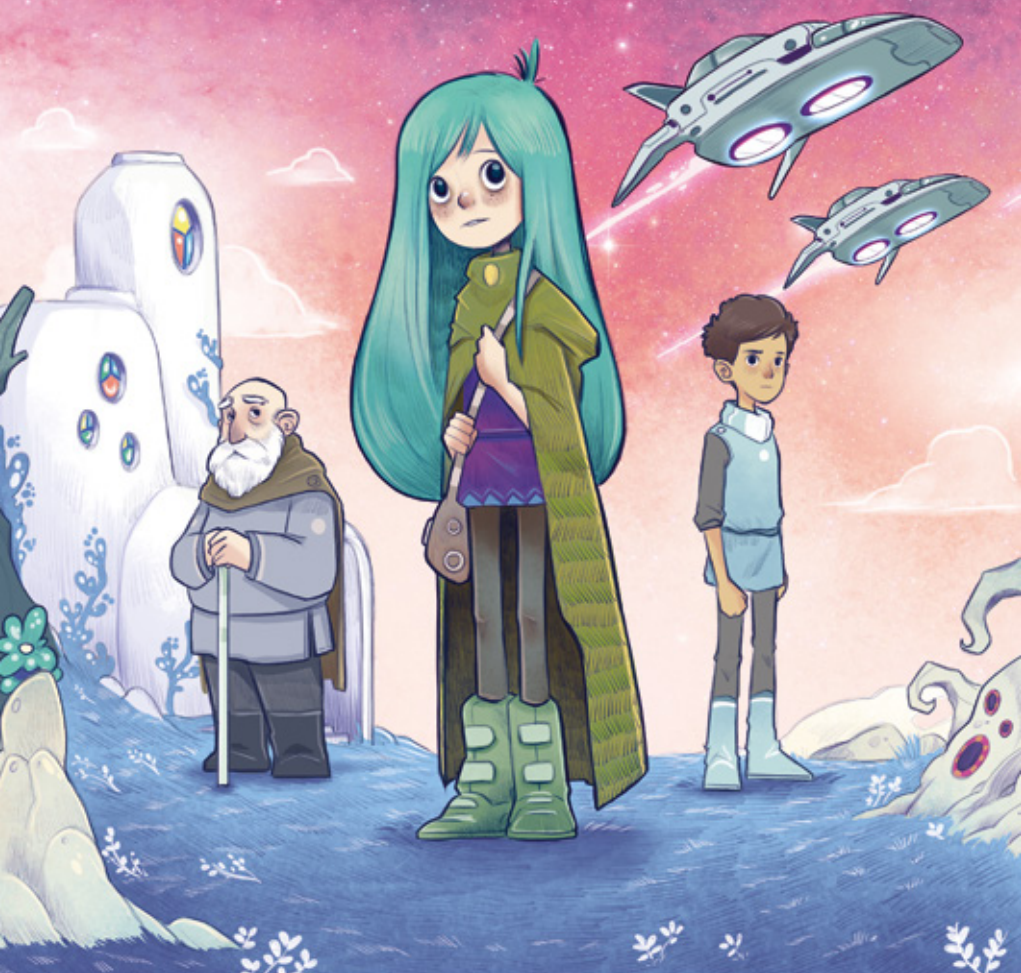


Andrea Maceiras

CUENTA NUEVE ESTRELLAS

Ilustraciones de Xavier Bonet



1.ª edición: junio 2019

© Del texto: Andrea Maceiras, 2019
© De las ilustraciones: Xavier Bonet, 2019
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-4860-9
Depósito legal: M-14953-2019

Impreso en España - Printed in Spain



Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Andrea Maceiras

CUENTA
NUEVE ESTRELLAS

Ilustraciones de Xavier Bonet

ANAYA

Para Érica, singular
y única como Quepi.

Índice

Prólogo	11
1. El planeta de los lagos	14
2. Un secreto llamado Quepi	25
3. El lugar de los sueños	37
4. El viaje del bobó	49
5. El mapa de las estrellas	64
6. Mangus-Gus, cazatalentos	80
7. El Concurso Interestelar de Talentos de Pasanup	94
8. La niña del cabello turquesa	106
9. Cuenta nueve estrellas	118
10. La Estrella Durmiente	133
Epílogo	147

*El didán se posó bajo la nuez-higuera,
bajo el sol de Bram, bajo el sol de Sibi.
Nunca hubo dos hermanos de luz tan diferentes.*

*Bajo la nuez-higuera, bajo la nuez-higuera,
se durmió el didán en el atardecer de Sibi,
tiñendo sus plumas de sueños.*

*El didán de luz, el didán de Sibi,
pintó el corazón del sol en sus alas
y voló al compás de sus latidos.*

*Sobre la nuez-higuera, sobre la nuez-higuera,
cantará el didán, ante el horizonte malva,
todas las cosas que sucederán mañana.*

Canción tradicional de Dot que el abuelo Acasi les cantaba a Udai y a Quepi.

Prólogo

ALGO iba mal en el observatorio interestelar de la galaxia Oma.

El observatorio interestelar era una alta torre situada en el brazo de Paar, el más próximo al núcleo galáctico. Desde su privilegiada posición, los Vigilantes controlaban todo el universo conocido, hasta la constelación de Cariandre.

La misión de los Vigilantes que trabajaban en el laboratorio era contemplar el espacio exterior y advertir de cualquier posible peligro. Ya habían salvado a la galaxia Oma de meteoritos, guerras e invasiones enemigas.

Siempre habían sido infalibles. Pero lo que ahora se les venía encima era mucho más difícil de eliminar. Aquella amenaza parecía pequeña, casi insignificante, pero era terriblemente peligrosa; tanto que parecía capaz de destruir su civilización. Y, por primera vez, no sabían qué hacer.

La Vigilante Primera se dirigió a la sala de operaciones.
—¿Qué sucede? —preguntó.

—Están aquí —afirmó uno de los Vigilantes.

No hubo necesidad de añadir nada más.

La Vigilante Primera contempló el firmamento a través de uno de los ultra-telescopios. La oscuridad del cosmos envolvía el observatorio con su frío manto y los planetas parecían puntos de colores en mitad de la noche.

Primero observó detenidamente los más próximos y poderosos: Pasanup y Upon. Todo en orden.

Después, enfocó hacia otros igual de ricos: Deca, Assium y Taabi. No vio nada extraño.

Por último, dirigió su mirada a otros menos importantes: Caleo, Lía... Tranquilidad absoluta.

Cuando ya estaba a punto de respirar aliviada, su mirada se detuvo en el planeta más remoto de la galaxia Oma.

—El planeta Dot... —murmuró incrédula.

Allí estaba. El sistema de detección del ultra-telescopio marcaba una mancha roja. Pidió las imágenes de satélite de sus planetas vecinos: Habar y Quabi. Y vio otras manchas rojas.

La Vigilante Primera sintió gotas de sudor resbalando por su nuca.

—Queda decretado el estado de emergencia —anunció con voz firme—. Emitid un comunicado para avisar a las autoridades. Hay que exterminar la plaga antes de que se extienda por toda la galaxia.

Inmediatamente, el resto de los Vigilantes iniciaron las comunicaciones.

—Y que nadie tenga piedad con ellos —añadió la Vigilante Primera—. Son unos bichos tan peligrosos como estúpidos, pero tienen sus trucos. No hay que dejarse engañar por su apariencia. A primera vista resultan muy bonitos y adorables, pero no debemos olvidar que también son extraordinariamente destructivos y letales. Todo queda arrasado a su paso. Sí, así son los bobós.

Los bobós.

Ese era el nombre del problema.

1

El planeta de los lagos

EXISTE, en la luminosa galaxia Oma, un minúsculo y alejado planeta llamado Dot. Insignificante como una partícula de polvo cósmico, Dot no es más que un leve resplandor rosado, inmerso en la gigantesca espiral de planetas, estrellas y materia oscura que constituye el sistema solar de Bram-Sibi, en el corazón de Oma.

En su eterno viaje, Dot orbita alrededor de dos estrellas gemelas: el majestuoso sol de Bram y el tenue sol de Sibi. Así, los días en Dot son dorados y largos, y acaban con un doble atardecer. Solo cuando Bram comienza a apagarse lentamente en el horizonte, Sibi deja sentir su luz malva que anuncia la inminente llegada de la noche. Pero la oscuridad dura apenas un suspiro en Dot. Enseguida el sol de Bram recupera su lugar en el cielo porque la singular belleza de Dot no puede permanecer mucho tiempo entre tinieblas.

Vista desde el ultra-telescopio, la superficie de Dot es irregular y distinta a la de la mayoría de los planetas.

Dot tiene un enorme valle cubierto por una sucesión de grandes extensiones de agua de diferentes tamaños y colores. Desde el espacio, el brillo de los lagos de Dot es tan intenso que parece el resultado del impacto de una lluvia de estrellas.

Cada mañana, con la salida del sol de Bram, cientos de naves llegan a Dot para que sus pasajeros disfruten de los prodigiosos lagos de colores: rosas y malvas en su mayoría, pero también verdes y turquesas. Y cada tarde, con la puesta del sol de Sibi, los lagos de Dot reflejan cientos de naves elevándose en los cielos para que los turistas regresen a sus respectivos hogares, en otros planetas distantes.

Todos los habitantes de Oma quieren conocer Dot, pero nadie quiere quedarse allí.

Porque Dot es un lugar tan bonito como inhóspito. Las aguas de colores de sus lagos no son aptas para ser bebidas y las áridas tierras que los rodean son prácticamente estériles.

No es fácil vivir en el planeta de los lagos.

Solo quien nace en Dot puede adaptarse a tanto brillo y a tanta dureza.

Aquella mañana, la pequeña Quepi tuvo un mal presentimiento. Lo sintió al asomarse a la puerta de la cabaña para despedirse de su abuelo Acasi y de su hermano Udai. Como cada día, ellos se disponían a emprender el camino hacia su trabajo en el aeródromo de Arlia, la capital de Dot.

El sol de Bram iniciaba entonces su ascenso sobre la línea del horizonte, dando lugar al mismo amanecer lento y dorado de todas las mañanas. Las aguas del lago Maillén brillaban, bordeadas de rusgalias que comenzaban a abrir sus pétalos turquesa bajo los primeros rayos de luz. Todo era calma en aquel remoto lugar que Acasi había elegido para criar a sus dos nietos. Próximo a un manantial de aguas frescas, pero lo suficientemente alejado de cualquier aldea.

Un rincón secreto en el que vivir en paz, protegidos de las amenazas.

Y, a pesar de todo, el corazón de Quepi estaba intranquilo. «No consigo percibir la naturaleza» pensó la niña con angustia.

En efecto, no podía sentir el rumor del lago Maillén, ni el de las rusgalias, ni el del agua fría del manantial de Ulda. No vibraba en la sintonía de la tierra blanca de los caminos, ni escuchaba el latido de los bosques de nuez-higuera, al otro lado del lago. En sus nueve años de existencia, Quepi nunca había experimentado nada igual. Nunca antes había perdido la singular conexión que tenía con el mundo que la rodeaba.

Ese era su don y también su maldición.

Quepi tenía una conexión especial con el agua y con la tierra.

Pero aquella mañana se sentía vacía.

Quizá por eso, su voz sonó más apagada de lo habitual cuando el abuelo le hizo repetir, como cada día, las Tres

Normas Inquebrantables. Esas eran las primeras palabras que Acasi le había enseñado a pronunciar cuando Quepi era apenas un bebé. Y, aunque Acasi era un hombre sensible y atento con sus nietos, a los que había criado como si fueran sus hijos, no admitía ni una sola vacilación con las Tres Normas Inquebrantables. Cada mañana, para desesperación de Quepi, el abuelo reservaba el tiempo suficiente para que ella pudiera recitarlas sin prisa.

—Quepi, ¿cuál es la primera norma? —le preguntó Acasi mientras él y Udai terminaban de preparar los fardos con las provisiones necesarias para pasar todo el día fuera de casa.

Quepi suspiró y respondió lentamente:

—Ser invisible. Transparente como el agua de Ulda.

—Perfecto. ¿Cuál es la segunda?

—Permanecer silenciosa como la sombra de las rusgalias —respondió Quepi con cierta dificultad.

—¿Y la tercera?

—Esperar, inmóvil como un árbol de nuez-higuera, a que se ponga el sol de Sibi.

—¿Me lo prometes? —preguntó Acasi.

Y Quepi repitió el mismo juramento de siempre:

—Que se extinga la luz de Bram si no cumplo mi palabra.

—¡Que tengas un buen día, pequeña mía! —le deseó el abuelo dándole un beso.

—¡Hasta Sibi! —se despidió Udai.

—¡Hasta Sibi! —murmuró Quepi.

Acasi y Udai se fueron, dejando la cabaña en silencio. También la pequeña Quepi se quedó silenciosa, mientras observaba cómo las dos siluetas se perdían en la distancia, a través de los blancos caminos: la del abuelo, encogida y cansada por el peso de tantas vivencias, la de Udai, erguida y ágil, más alta y fuerte de lo que correspondía a sus doce años.

«El abuelo tiene mucha suerte con Udai» pensó Quepi con tristeza antes de cerrar la puerta. Udai representaba para la niña todo lo que ella solo se atrevía a soñar: era inteligente y hábil, pero sobre todo era útil. De no ser por Udai, el abuelo y ella probablemente se morirían de hambre. Cada vez la tierra de Dot era más estéril y las cosechas demasiado escasas. Sin los ingresos que Acasi y Udai obtenían trabajando de guías para los turistas que llegaban a Dot, les sería imposible sobrevivir.

—Algún día, Udai se convertirá en el mejor guía de Dot —solía decir el abuelo cuando regresaban a casa después de una dura jornada de trabajo—. Conoce cada lugar de esta región como la palma de su mano y sabe miles de historias capaces de entretener a los turistas durante horas.

Quepi comprendía que el abuelo estuviera tan orgulloso de Udai. Su hermano tenía el don de la palabra y todos los que lo escuchaban se quedaban fascinados. En cambio, a ella le sucedía todo lo contrario. Le resultaba muy difícil hablar, cada palabra que pronunciaba era una tortura.

El simple hecho de repetir las Tres Normas Inquebrantables cada mañana le suponía un enorme esfuerzo. Tenía que decirlo todo muy despacio para que los demás pudieran entenderla, de lo contrario, los sonidos tropezaban en su lengua unos con otros y el resultado era incomprensible. Por eso, casi siempre prefería estar callada.

Quepi pensaba que Acasi y Udai tenían mucha paciencia con ella.

La querían mucho.

Muchas veces, cuando regresaban del aeródromo de Arlia, le traían alguna golosina o hilos de colores. Aquellas eran las cosas que ocupaban el minúsculo mundo de Quepi. Por lo demás, la niña se pasaba la mayor parte de su vida dentro de las cuatro paredes de la cabaña.

En cuanto el abuelo y Udai se marchaban, ella limpiaba y disponía los utensilios del pequeño hogar y después encendía el fuego para preparar la comida del día. Desayunaba y comía sus raciones en soledad, y reservaba buena parte de lo cocinado para cuando Acasi y Udai regresaran, cansados y hambrientos. También preparaba las provisiones que ellos se llevaban al trabajo. Y, aunque algunas veces la comida se le quemaba o no le quedaba sabrosa, ellos nunca se quejaban.

Sí, el abuelo y Udai tenían mucha paciencia.

La querían mucho, mucho.

Una vez atendidas sus tareas, Quepi tenía mucho tiempo libre hasta la puesta del sol de Sibi, momento

en el que el abuelo y Udai regresaban del trabajo. Habitualmente dedicaba aquellas horas a tejer. Esa era una de las pocas cosas que se le daban increíblemente bien. Sus dedos se comunicaban con los hilos de colores y hacían bellas pulseras y maravillosas prendas de ropa. Algunas las vestían Acasi, Udai y ella misma. Otras eran vendidas por el abuelo y por su hermano a los turistas. Era la única forma en que ella podía colaborar con la economía familiar.

«Y así se pasan mis horas», pensaba Quepi algunas veces. «Una niña tejiendo en un telar, en una pequeña cabaña, en un lugar remoto de Dot. Y, mientras tanto, en el resto del planeta las naves despegan y aterrizan, los guías muestran los prodigios de los lagos y todos los habitantes de la galaxia Oma viven sus vidas», se decía a sí misma. «Sí, todos menos yo», se lamentaba. Y buscaba cualquier cosa con la que distraerse.

Pero aquella tarde, Quepi no podía concentrarse. Sentada delante del telar no conseguía olvidar el mal presentimiento que había tenido nada más abrir la puerta de la cabaña, ni apartar la sensación de vacío que le recorría el cuerpo como un agujero negro. Era como si le faltara una parte de sí misma. Como si algo estuviera creando una barrera entre su cuerpo y el resto del mundo.

«Tengo que salir a respirar», pensó Quepi mientras recogía los hilos.

No era la primera vez que lo hacía. En realidad, Quepi vivía prisionera de las Tres Normas Inquebrantables que



el abuelo la obligaba a seguir, pero que ella no comprendía. Y, con el paso del tiempo, había aprendido a hacer pequeñas trampas. Esperaba la salida del sol de Sibi, se envolvía en una capa que ella misma había tejido y salía al bosque. La capa verde, hecha con hilos de tallos de rusgalia, tenía una doble función: ocultar el color del cabello de Quepi y esconder su poderosa energía. Solo aquellas flores tenían la capacidad de hacerla parecer una niña normal. Protegían su cuerpo y su alma.

A Quepi le gustaba sentirse libre de vez en cuando. Y necesitaba olvidar aquel mal presentimiento.

Así que, sin pensarlo demasiado, la niña se echó la brillante capa por encima de la cabeza y atravesó la puerta de la cabaña. En cuanto sintió la brisa del exterior, sonrió. Protegida por la luz malva de Sibi, mucho más suave que la de Bram, tomó un pequeño sendero oculto entre los árboles de nuez-higuera que la llevó hasta la orilla del lago Maillén, no muy lejos de la cabaña. Una vez allí, se quitó la capa y se tumbó entre las rusgalias que crecían a la orilla del agua, tan espesas y blandas que el cuerpo de Quepi casi no llegó a tocar la tierra.

Las rusgalias eran sus flores preferidas. Podía hablar con ellas durante horas.

La niña disfrutaba mucho de su animada conversación. Las rusgalias eran alegres y traviesas y le decían cosas divertidas para hacerla reír. Eran despreocupadas y ligeras como niñas pequeñas, justo lo que Quepi necesitaba para vencer el aburrimiento o el desánimo.

Pero había algo más importante que todo eso. Algo que Udai siempre le decía a Quepi:

—Tienes el cabello del mismo color que las rusgalias. Nunca he visto a nadie, ni en Dot ni entre los turistas del resto de la galaxia Oma, que tenga el pelo de esa intensa tonalidad turquesa. Es algo único.

Por eso, cuando Quepi se tumbaba entre las rusgalias, el color de su pelo hacía que se confundiera por completo con ellas. Bajo sus pétalos turquesa y brillantes, Quepi seguía siendo invisible. Y, entre sus tallos, la singular energía del alma de la niña quedaba eclipsada.

Las flores eran las cómplices perfectas de Quepi. Allí podía desprenderse de su capa. Porque su secreto estaba a salvo entre las rusgalias.

«¿Qué historias me vais a contar hoy?», preguntó Quepi a las flores. Pero no obtuvo respuesta alguna. «¿No queréis hablar conmigo esta tarde?», insistió Quepi.

Las rusgalias permanecieron en silencio.

Nunca le había pasado nada igual.

Entonces, Quepi se dio cuenta de que el malestar que sentía desde aquella mañana no había hecho más que empeorar. Estaba verdaderamente incómoda. Había algo que la molestaba, algo que estaba impidiendo que se comunicara con las rusgalias y que le producía un terrible nudo de angustia en la garganta.

«Hay una interferencia» pensó Quepi. «Algo que no debería estar aquí, pero está».

Con precaución, Quepi asomó la cabeza entre las rusgalias. El sol de Sibi seguía ascendiendo en el cielo: faltaban unas horas para la noche. La niña se concentró en escuchar los sonidos de la naturaleza, pero solo le llegó el rumor callado de las aguas del lago Maillén.

No percibió nada extraordinario, nada fuera de lo común.

Hasta que, de repente, lo vio.

Una bola de pelo blanco apareció ante ella inesperadamente, agitando las rusgalias.

Una bola blanca con una mancha verde en una pata, con dos ojos enormes y oscurísimos que se clavaron en los suyos. Y entonces Quepi pudo contemplarlo con total claridad. Tenía la cabeza redonda con dos pequeños cuernos que le salían de la frente, debajo de unas orejas altas y triangulares. Un ser pequeño, de la mitad del tamaño de Quepi, capaz de desplazarse sobre dos patas o sobre cuatro, con una cola redonda que levantó al ver a la niña.

—Uhhhh —murmuró la extraña criatura.

La niña comprendió que ese ser era la interferencia que impedía su comunicación con el mundo. Pero le dio totalmente igual.

En aquel momento, el corazón de Quepi se llenó con todas las sensaciones del universo, porque nunca había escuchado un sonido tan hermoso, ni había visto jamás un animalito tan perfecto como aquel.

E incluso las Tres Normas Inquebrantables dejaron de parecerle importantes.

Quepi, Udai y su abuelo Acasi son una familia singular del planeta Dot, en la galaxia Oma. Quepi es una niña dotada de un don muy peculiar que le permite comunicarse con la naturaleza.

Cierto día, el equilibrio de la galaxia Oma se ve comprometido por una plaga de seres llamados bobós, capaces de destruir el mundo conocido. Pero los bobós no son tan inútiles y destructivos, ni Quepi es tan obediente, ni su familia está donde debiera estar. Un gran secreto los une y los lleva por un camino de crecimiento personal, de aceptación y descubrimientos, en el que nada es lo que parece.



1578546



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com